



¡VEN ESPÍRITU SANTO E INFLAMA LOS CORAZONES DE TUS FIELES!

*Fernando Rodríguez Fernández
Consiliario de la diócesis de Granada*

Cerca de la celebración de Pentecostés le pedimos al Padre que cumpla su promesa y a Cristo resucitado no deje de enviar su Espíritu Santo sobre nosotros, que reparta sus dones



AMBIENTACIÓN

Nos reunimos en un pequeño cenáculo para pedir juntos al Padre que cumpla su promesa y envíe de nuevo, por medio de Cristo, su Santo Espíritu. En aquellas palabras de despedida Tú le dijiste a los discípulos: “Yo le pediré al Padre que os dé otro Paráclito, que esté siempre con vosotros, el Espíritu de la verdad (...) vosotros lo conoceréis porque mora con vosotros y está en vosotros. No os dejaré huérfanos” (Jn 14, 16-18). Y, además, elevamos al Padre esta petición confiando plenamente en tu palabra, Cristo Señor, que nos dices “Si me pedís algo en mi nombre, Yo lo haré” (Jn 14, 14). Nuestra petición es esta: cumple, Señor, tu Palabra y envía de nuevo sobre nosotros tu Santo Espíritu; no dejes huérfano a tu pueblo, Señor, y muéstranos de nuevo la dulzura de tu amor y tu misericordia, el gozo de tu compasión. Muéstranos que eres Padre y santifícanos en la Verdad (cf. Jn 17, 11.17); concédenos de nuevo tu gloria y haz que experimentemos de nuevo el gozo de sabernos hijos amados de Dios (Jn 17, 22).



CANCIÓN

Ven, de MISIÓN PAÍS
(Bajo tu Amparo, 2014)

https://www.youtube.com/watch?v=0_ahUPD3rUs

LECTURA DE LA PALABRA: Jn 20, 19-23

“Al anochecer de aquel día, el primero de la semana, estaban los discípulos en una casa, con las puertas cerradas por miedo a los judíos. Y en esto entró Jesús, se puso en medio y les dijo: «Paz a vosotros». Y, diciendo esto, les enseñó las manos y el costado. Y los discípulos se llenaron de alegría al ver al Señor. Jesús repitió: «Paz a vosotros. Como el Padre me ha enviado, así también os envío yo». Y, dicho esto, sopló sobre ellos y les dijo: «Recibid el Espíritu Santo; a quienes les perdonéis los pecados, les quedan perdonados; a quienes se los retengáis, les quedan retenidos»”.

MEDITACIÓN

Cristo Resucitado se hace presente en la comunidad de discípulos, en aquel glorioso día, el primero de la semana; el día que fue testigo de la victoria de la vida sobre la muerte, y por eso lo llamamos, con razón, el Día del Señor. El Resucitado se presenta con sus “credenciales”, con sus llagas, signo de la pasión por la que el Maestro tuvo que pasar, para que los discípulos sepan y tengan la certeza de que se trata de Él mismo (Lc 24, 39), pero en esta ocasión, son llagas gloriosas que ponen de manifiesto la victoria de la Resurrección. Esta experiencia con el Resucitado hace que “se llenen de alegría al ver al Señor”, y con este encuentro el Señor robustece la fe de los discípulos en Él. Así, los que antes estaban atemorizados porque habían visto cómo su Maestro había sido ajusticiado, ahora libres de todo temor, incluso libres del miedo a la propia muerte, dan solemne testimonio de que está vivo.

En segundo lugar, con el saludo de la paz los discípulos son enviados prolongando en la tierra la misión que Cristo ha recibido del Padre. Pero si en otro tiempo el Maestro los había mandado de dos en dos por los pueblos

y aldeas de Galilea donde tenía pensado ir Él (Lc 10,1-9), ahora el Resucitado confirma de nuevo aquella primera misión pero sin límites geográficos definidos. Ahora, la misión a la que les envía el Resucitado es universal: "Id al mundo entero y proclamad el evangelio a toda la creación" (Mc 16, 15). La fuerza para llevar adelante una empresa de tal envergadura no viene de los mismos apóstoles, sino del Espíritu Santo que el Padre "sopla" sobre ellos por medio del Resucitado. Este soplo de Cristo nos recuerda a otro soplo primigenio, y nos enseña que Cristo Resucitado nos trae una nueva creación porque, como nos dirá san Pablo: "el que es de Cristo es una criatura nueva" (2 Cor 5, 17).

También nosotros, en virtud del bautismo que hemos recibido y que hemos renovado en la noche santa de la Vigilia Pascual, somos renovados por el Espíritu Santo y enviados a la misión. Los siete dones del Espíritu Santo nos capacitan para ello. Completan y llevan a su perfección las virtudes de quienes los reciben y nos hacen dóciles para obedecer con prontitud a las inspiraciones divinas. Dice el Salmo 143: "Tu Espíritu bueno me guíe por una tierra llana". Y el apóstol san Pablo nos exhorta: "Todos los que son guiados por el Espíritu de Dios son hijos de Dios (...) Y, si hijos, también herederos; herederos de Dios y coherederos de Cristo" (Rm 8, 14.17).

GESTO DE LOS DONES

Con cada uno de los dones encendemos una vela que dejaremos a los pies del altar o en el sitio convenido.

Nosotros queremos recibir este mismo Espíritu, que con sus siete dones nos hace saborear la filiación divina. Pidamos al Espíritu Santo que nos conceda sus dones, que son una forma de amor.

DON DE SABIDURÍA: es el amor que saborea, gusta y experimenta cuán dulce y suave es Dios. Es sentir las cosas divinas como connaturales a nosotros mismos.

Todos: Ven, Espíritu Santo, y llénanos de tus dones.

DON DE ENTENDIMIENTO: es el amor atento a considerar y penetrar la belleza de las verdades de la fe, para conocer por medio de ellas a Dios en sí mismo y considerarlo en las criaturas.

Todos: Ven, Espíritu Santo, y llénanos de tus dones.

DON DE CIENCIA: es el mismo amor que nos ayuda a conocernos a nosotros mismos y a las criaturas, de modo que estas no nos aparten de Dios, sino que nos ayuden a subir a un más perfecto conocimiento del servicio que a Dios debemos hacer. Por el contrario, la sola ciencia humana "hincha el alma y aparta de Dios".

Todos: Ven, Espíritu Santo, y llénanos de tus dones.

DON DE CONSEJO: es el amor en cuanto nos hace cuidadosos, atentos y hábiles para elegir los medios propios para servir a Dios santamente. Es la capacidad connatural de discernimiento para ver con claridad lo que Dios quiere del hermano y aconsejarlo debidamente.

Todos: Ven, Espíritu Santo, y llénanos de tus dones.

DON DE FORTALEZA: es el amor que alienta y anima el corazón para ejecutar lo que el consejo ha determinado que debe ser hecho. Es la firmeza y la constancia en



la búsqueda del bien y la vivencia de la caridad en medio de las dificultades.

Todos: Ven, Espíritu Santo, y llénanos de tus dones.

DON DE PIEDAD: es el amor que endulza el trabajo y nos inclina a emplearnos cordial y agradablemente y con filial afecto en las cosas que agradan a Dios.

Todos: Ven, Espíritu Santo, y llénanos de tus dones.

DON DE TEMOR DE DIOS: es el amor en cuanto nos hace huir y evitar lo que desagrada a la majestad divina.

Todos: Ven, Espíritu Santo, y llénanos de tus dones.

Desde nuestro pequeño cenáculo, queremos abrir el corazón con docilidad a la acción del Espíritu Santo, de tu Espíritu Santo, Señor. Queremos quitar todo obstáculo que impida tu acción en nosotros a través de tus siete dones. Queremos dejarnos llenar por Ti.



CANCIÓN

Ven, Espíritu Divino, de CANTO CATÓLICO (Ven, Espíritu Divino, 2019)

<https://www.youtube.com/watch?v=HJ622tR3QnY>

PETICIONES

Concluimos nuestra oración con las peticiones de las primeras vísperas de la solemnidad de Pentecostés, para que el Señor Resucitado, que llenó a los apóstoles del Espíritu Santo, nos conceda también a nosotros este mismo Espíritu, que nos haga valientes y decididos mensajeros de su Evangelio:

- Tú, que al comienzo de los tiempos creaste el cielo y la tierra y, al llegar la etapa final de la historia, quisiste que Cristo fuera cabeza de toda la creación, por tu Espíritu renueva la faz de la tierra y conduce a los hombres a la salvación.
- Tú, que infundiste el aliento de vida en el rostro de Adán, envía ahora tu Espíritu a la Iglesia, para que, vivificada y rejuvenecida, comunique tu vida al mundo.
- Ilumina a todos los hombres con la luz de tu Espíritu y disipa las tinieblas de nuestro mundo, para que el odio se convierta en amor, el sufrimiento en gozo y la guerra en paz.
- Fecunda el mundo con tu Espíritu, agua viva que mana del costado de Cristo, para que la tierra entera se vea libre de todo mal.
- Tú, que por obra del Espíritu Santo conduces sin cesar a los hombres a la vida eterna, dignate llevar, por este mismo Espíritu, a los difuntos al gozo eterno de tu presencia.

Padrenuestro...

ORACIÓN FINAL

Dios todopoderoso y eterno, que has querido que la celebración del misterio pascual se prolongara simbólicamente durante cincuenta días, te pedimos que, por la acción del Espíritu Santo, lleves a la unidad en el amor a todas las naciones de la tierra y que sus diversas lenguas se unan para proclamar unánimemente la gloria de tu nombre. Por nuestro Señor Jesucristo, tu Hijo, que vive y reina contigo en la unidad del Espíritu Santo y es Dios por los siglos de los siglos. ○